

# UNA LECTURA TEOLÓGICA: el papa Francisco y sus primeros gestos

**Su estilo comunicativo, rico en contenido, ha irradiado una imagen de Iglesia entendida como pueblo de Dios en camino. Pero es también la muestra de una misión radical, inclusiva, capaz de abrirse en un abrazo que contenga a todos. Nos ha llamado a una “custodia” del mundo, como una forma del discernimiento, que sabe actuar de manera consecuente para buscar una sociedad más humana y más justa.**

Por ANTONIO SPADARO, SJ.  
Director de *Civiltà Cattolica*

Los primeros días del papa Francisco han impactado a los fieles, tocando las fibras de su sensibilidad y el imaginario cristiano. Sus gestos, marcados por su cercanía y simplicidad, han tenido una potencia simbólica muy fuerte y parecen responder a exigencias hoy muy requeridas por la gente y la sociedad civil. No es casualidad que en los diarios hayamos leído comentarios sobre la situación política y social de Italia, o de la crisis general que está viviendo Occidente. En tal contexto, este Papa venido del *finis terrae*, del ‘fin del mundo’, ha removido energías adormecidas, esperanzas que parecían desdibujadas y fuerzas que aspiran a un mundo nuevo y mejor. El entusiasmo expresado en los primeros días por los fieles y por los que no lo son, se convertirá en un fuerte apoyo en el futuro próximo cuando Francisco deba adoptar decisiones, especialmente cuando en su camino se manifieste la cruz.

¿Cómo leer, entonces, los primeros días de pontificado del papa Francisco a la luz de sus palabras y gestos? Consideraremos en estas páginas solo lo ocurrido desde la tarde de su elección hasta la misa de inicio del ministerio petrino del obispo de Roma. Individualizamos dos columnas fundamentales de su visión y lo que las une entre sí.

## UN MENSAJE PARA TODOS

El papa Francisco impresionó de inmediato por su estilo de relacionarse y, más precisamente, por su modo de comunicarse con quien tenga al frente. En el momento de su elección se dirigió a los fieles reunidos en la plaza de San Pedro con el saludo: “Hermanos y hermanas, ¡buenas tardes!” Y al terminar expresó: “Buenas noches y que descansen.” Al finalizar su primer *Ángelus*: “¡Feliz domingo y buen almuerzo!” Es un saludo de tipo normal -laico, se podría decir- que reveló de inmediato que para él es fundamental la relación: el anuncio se cumple en las relaciones. No hay contenido

o mensaje que pueda ser comunicado, si en su base no hay una relación humana. Si hay algo que la obstaculiza, se debe remover.

Para el Papa esto significa también gestionar de un modo muy personal el comportamiento, el espacio y las distancias inherentes a la comunicación, como hemos descubierto sucesivamente en estos días. Él ama los gestos que representan una cercanía a una “distancia personal”, incluidos los abrazos calurosos que indican empatía y posibilidad de compartir. Más que “comunicar”, crea “eventos comunicativos” en los cuales quien recibe su mensaje participa activamente. Cuando apareció por primera vez en el balcón de la Basílica de San Pedro, como que “fotografió” con palabras la escena, diciendo: “Y ahora comenzamos este camino: obispo y pueblo?” Y, para dar cuerpo a este “nosotros”, solicitó al pueblo que rezara por él al Señor, allí, en ese momento. Pidió un silencio en el que todos, obispo y pueblo, participaron: un único evento comunicativo de profundo significado simbólico y espiritual.

Este estilo, rico en contenidos, ofrece una imagen de Iglesia, pero es también la muestra de una misión radical, inclusiva, capaz de abrirse en un abrazo que puede contener a todos. Quizás resulta ejemplar el hecho de que, al final de su encuentro con quienes trabajan en los medios de comunicación, el Papa haya impartido su bendición en silencio. La impartió, pero silenciosamente, porque “muchos de ustedes no pertenecen a la Iglesia católica, otros no son creyentes”. Se trata de un gesto singular, cumplido “respetando la conciencia de cada uno, pero sabiendo que cada uno de ustedes es hijo de Dios”. La potencia de esta bendición silenciosa atravesó las barreras de los corazones tocando a todos, justamente gracias a la creación de un “evento comunicativo” que no ha dejado a nadie afuera. Reconoció la pluralidad de las presencias, ejerciendo, sin embargo, su misión que recuerda el nombre de Dios, de quien “cada uno” (que dice más que “todos”)

es hijo.

El papa Francisco -como dijo durante la audiencia al Colegio de Cardenales en la Sala Clementina- aprecia de un modo particular a los que “aunque no comparten nuestra fe, miran con respeto y admiración a la Iglesia y a la Santa Sede”. El mensaje del evangelio, por tanto, está llamado a abarcar muy ampliamente a los que más conscientemente se sienten partícipes de la vida de la Iglesia: “Incluye a todos”.

Esta radical apertura se funda en una actitud que el Papa observó en quienes trabajan en los medios: “Ustedes tienen la capacidad de recoger y expresar las esperanzas y las exigencias de nuestro tiempo, de ofrecer los elementos para una lectura de la realidad”. Lo que el Papa reconoce en los periodistas es, en realidad, parte de su misma espiritualidad. El misionero no está llamado solo a anunciar el evangelio; más aun, está convocado a reconocer las esperanzas profundas que el hombre experimenta y a leerlas a la luz de la fe. El papa Francisco parece convencido de que la vida espiritual de las personas no está muerta, y que está bien puede darse fuera del mundo de las confesiones religiosas. Las grandes preguntas hoy son fácilmente reconocibles, pero es necesario que alguien las entienda y las lea bien. Hay en particular una necesidad, como ha dicho el Papa, de que se preste atención a “la verdad, la bondad y la belleza.” El Papa pide, por lo tanto, un atento discernimiento espiritual para “buscar y encontrar a Dios en todas las cosas,” como escribía Ignacio de Loyola.

El discernimiento espiritual evangélico busca reconocer la presencia del Espíritu en la realidad humana y cultural; reconocer la semilla de su presencia ya plantada en los acontecimientos, las sensibilidades, los deseos, las tensiones profundas de los corazones y en los contextos sociales, culturales y espirituales. La creatividad del Espíritu está actuando en todas partes, en todas las dimensiones del crecimiento del mundo, en la diversidad de sus culturas y en la variedad de sus experiencias espirituales. El papa Francisco fue formado para esto teniendo ante sí a figuras como Francisco Javier y Mateo Ricci. Es tarea de la Iglesia -ha expresado- “evitar la enfermedad espiritual de una Iglesia autorreferente: cuando llega a serlo, la Iglesia se enferma. Es verdad que saliendo a la calle, como le ocurre a cada hombre y mujer, pueden tener accidentes. Sin embargo, si la Iglesia se queda encerrada en sí misma, autoreferente, envejece. Y entre una Iglesia accidentada que sale a la calle y una Iglesia enferma de autorreferencia, no tengo dudas de preferir la primera”<sup>11</sup>.

Es posible entonces identificar un primer gran desafío del actual pontificado: la transmisión de la fe en un mundo complejo, considerando aquello que san Ignacio de Loyola llamaba *presupponendum* abierto y positivo sobre las actitudes, las palabras, la sincera búsqueda de los otros (Ejercicios Espirituales [EE], 22).

## UNA IMAGEN DE IGLESIA

El papa Francisco en sus primeros días de ministerio petriño no se ha referido a sí mismo como “Pontífice” o “Vicario de Cristo”, pero sí ha empleado a menudo el título de “Obispo de Roma”, sabiendo que la Iglesia de Roma “es la que preside en la caridad a todas las iglesias”. Si unimos estas palabras a las consideraciones precedentes, podemos recoger una determinada imagen de Iglesia. Su universalidad no es una abstracción, sino que vive de la comunión de realidades locales que son expresiones concretas del único cuerpo de Cristo.

La dinámica vital de la Iglesia fue explicitada por el Papa durante la Misa *pro Ecclesia* celebrada con los cardenales electores en la Capilla Sixtina el 14 de marzo: “Caminar, edificar, confesar”. La Iglesia es, antes que nada, el pueblo de Dios en camino “en la luz del Señor” (Is 2, 5). Se puede recordar que san Ignacio de Loyola habla del “ejercicio corporal” de caminar para explicar qué es el “ejercicio espiritual” (EE, 3). Y la misma *Autobiografía* del fundador de la Compañía de Jesús es conocida como *El diario del Peregrino*. La Iglesia en camino “espiritual y misionero” es llamada a “edificarse” a sí misma “sobre la piedra angular que es el mismo Jesucristo”. Confesar a Cristo es entonces la raíz de la Iglesia, lo que nos hace discípulos. Y, cuando habla de Cristo, el papa Francisco lo hace de Cristo crucificado: “Cuando caminamos sin la cruz, cuando edificamos sin la cruz y cuando confesamos un Cristo sin Cruz, no somos discípulos del Señor: somos mundanos, somos obispos, sacerdotes, cardenales, papas, pero no somos discípulos del Señor”.

No se cansa de repetir: “Cristo. Cristo es el centro. Cristo es la referencia fundamental, el corazón de la Iglesia. Sin él, Pedro y la Iglesia no existirían ni tendrían razón de ser” (Audiencia a los representantes de los medios de comunicación social). Esta centralidad de Cristo y de su cruz es típica del resto de la espiritualidad de la Compañía de Jesús, en la cual el Papa se formó. Resuenan aquí las palabras de su *Fórmula Instituti*, que comienza así: “Quien quiera -en nuestra Compañía, que deseamos distinguida con el nombre de Jesús- militar para Dios bajo el estandarte de la cruz y servir solo al Señor y a la Iglesia, su esposa...”

Los lazos que mantienen unida a esta Iglesia que está en camino espiritual, y que se edifica a sí misma confesando a Cristo, son fuertes. El Papa quiere apuntar mucho a hacer resplandecer la “belleza de la realidad eclesial”. Hablando a sus “hermanos cardenales”, ha usado expresiones muy precisas y claras para definir la unión entre los miembros de ese colegio. Sus palabras ayudan a comprender, más en general, qué significa para él vivir una “intensa comunión eclesial”: ha hablado de “recíproco conocimiento y mutua apertura” de “esa comunidad, esa amistad, esa cercanía que hará

bien a todos”, de “auténtico afecto colegial”, de “compartir fraternalmente nuestros sentimientos, nuestras experiencias y reflexiones”. Y recordamos en este punto que Ignacio de Loyola llamaba a sus compañeros jesuitas “amigos en el Señor”. El papa Francisco entiende vivir una “colegialidad afectiva y efectiva”, según la expresión usada en un mensaje oficial enviado por el Comité Permanente de la Conferencia Episcopal Italiana.

Queda claro que este mensaje no reviste, en modo alguno, un optimismo ingenuo. Tampoco es un simple llamado a conformarse y, menos aún, es una invitación a la uniformidad. El Papa sabe bien que la Iglesia no es el fruto de nuestra voluntad de comunión, sino un don del Espíritu, como dijo en una entrevista: “Solo el Espíritu puede suscitar la diversidad, la pluralidad, la multiplicidad y, al mismo tiempo, lograr la unidad. Porque cuando somos nosotros los que queremos hacer la diversidad, hacemos cismas. Y cuando queremos hacer la unidad, hacemos la uniformidad y la homologación”<sup>2</sup>.

Si, en efecto, su “afectivo y efectivo” tiene un significado eclesiológico, contiene también una repercusión más amplia. Antes que nada, un significado ecuménico, con un efecto que se ha manifestado concretamente en el hecho de que por primera vez desde el cisma de 1054 un Patriarca ortodoxo, Bartolomé I, participó en la misa de inicio de su ministerio de Obispo de Roma. Esta aproximación tendrá también un impacto sobre el diálogo interreligioso y el que se haga con los judíos, como quedó demostrado por el envío de un mensaje del Papa al rabino jefe de Roma el día mismo de su elección.

Como algunos han notado, la tarea del papa Francisco no es solo la de sostener la Iglesia. Como Francisco en el sueño de Inocencio III descrito en el fresco del Giotto, deberá remar contra el inmenso debilitamiento de las confianzas y la crisis de Occidente, que no es únicamente económica. En todo caso, el papa Francisco viene de esa Argentina que en el año 2001 conoció una crisis muy dolorosa que minó la cohesión de la nación. Apuntar de una manera tan fuerte a las relaciones de comunión -también en su dimensión perceptible, sensible- significa apelar con fuerza a la confianza mutua para vencer el pesimismo y el desánimo, “para hacer resplandecer la estrella de la esperanza”.

Así, se delinea un desafío ulterior para su pontificado, un desafío de amplia envergadura respecto de la colegialidad en la Iglesia, pero también del ecumenismo y el diálogo interreligioso.

## MISERICORDIA Y CUSTODIA

Nos parece, por tanto, que los primeros días del pontificado del papa Francisco han estado caracterizados por estas dos columnas: un estilo comunicativo, abierto y misionero, dirigido a todos los hombres, y una imagen de la Iglesia entendida como pueblo de Dios en

## **Este Papa venido de *finis terrae*, del “fin del mundo”, ha removido energías adormecidas, esperanzas que parecían desdibujadas y fuerzas que aspiran a un mundo nuevo y mejor.**

camino, que vive una comunión vivaz. Lo que une arquitectónicamente estas dos columnas es una imagen de Dios, que es glorioso en su misericordia.

Como sabemos, el lema del Papa es *Miserando atque eligendo*. Está extraído de las homilias de san Beda, el Venerable<sup>3</sup>, quien, comentando el episodio evangélico de la vocación de san Mateo, escribe: “Vio Jesús a un publicano y, como lo miró con sentimiento de amor y lo eligió, te dijo: Sitúeme (*Vidit ergo Iesus publicanum et quia miserando atque eligendo vidit, ait illi: Sequere me*)”. Esta homilía es un homenaje a la misericordia divina y es reproducida en la *Liturgia de las horas* en la fiesta de san Mateo. Ella tiene un significado particular en la vida y en el itinerario espiritual del Papa. En efecto, en esa festividad en el año 1953 el joven Jorge Mario Bergoglio experimentó, a la edad de 17 años, de un modo particular, la presencia amorosa de Dios en su vida. Luego de una confesión sintió que tocaban su corazón y advirtió que descendía la misericordia de Dios, que lo llamaba al ministerio sacerdotal.

El papa Francisco creció en la Compañía de Jesús, que pide a sus miembros: *curet primo Deum*, es decir, “preocúpense antes que nada de Dios”, y tiene el lema de cada acción en la expresión *Ad maiorem Dei gloriam* (a la mayor gloria de Dios). Este Dios, sin embargo, es glorioso por su misericordia. Ignacio de Loyola, en la segunda meditación de sus *Ejercicios Espirituales*, pide “terminar con un coloquio de misericordia, razonando y agradeciendo a Dios” (EE, 61).

Sobre el Dios glorioso en su misericordia centró el papa Francisco su homilía de la misa en la Parroquia de Santa Ana, en el Vaticano, el domingo 17 de marzo, concluyendo con un llamado: “Volvamos al Señor. El Señor nunca se cansa de perdonar: ¡nunca! Somos nosotros los que nos cansamos de pedirle perdón. Y pidamos la gracia de no cansarnos nunca de pedir perdón, porque Él nunca se cansa de perdonar. Pidamos esta gracia”. E inmediatamente después, en el *Ángelus* desde el Palacio Apostólico prosiguió: “¿Han pensado ustedes en la paciencia de Dios, la paciencia que tiene con cada uno de nosotros? Esa es su misericordia. Siempre tiene paciencia, paciencia con nosotros, nos

comprende, nos espera, no se cansa de perdonarnos si sabemos volver a él con el corazón contrito. 'Grande es la misericordia del Señor', dice el salmo.'

A la percepción de la misericordia de Dios corresponde la acción a la que es llamado el hombre. El papa Francisco ha individualizado en el "custodiar" el mundo una acción que corresponde asumir si se percibe la misericordia de Dios. El 19 de marzo, movido por la meditación sobre san José durante la Misa de inauguración de su ministerio petrino, propuso como su tarea, la de cada cristiano y de cada hombre, y en particular la de "todos los que ocupan roles de responsabilidad en el ámbito económico, político o social," el rol de "custodio" de toda la creación y de cada persona.

Se trata de una visión "franciscana" que él ha madurado al interior de la espiritualidad ignaciana, visión presente de modo particular en la *contemplatio ad amorem*, que Ignacio de Loyola pone al final del camino de sus *Ejercicios Espirituales*. En esta contemplación, Dios mismo es el "custodio" de su creación. Ignacio pide "observar cómo Dios habita en las creaturas: en los elementos dando el ser, en las plantas haciendo vegetar, en los animales dándoles sentidos, en los hombres haciéndoles entender. Por tanto, pide valorar la acción de Dios: "Considerar cómo Dios trabaja y obra por mí en todas las cosas creadas sobre la faz de la tierra; es decir, se comporta como alguien que trabaja. Así en el cielo, en los elementos, en las plantas, frutos, ganado etc., dando el ser, conservando, haciendo vegetar, dando los sentidos, etc."

El papa Francisco asume la misma modalidad ignaciana para expandir el sentido de la custodia a la que todos estamos llamados en nuestras relaciones: "Es custodiar la gente, preocuparse de todos, de cada persona, con amor, especialmente de los niños, los viejos, de los que son los más frágiles y que a menudo están en la periferia de nuestro corazón. El cuidarnos unos a otros en la familia: los cónyuges se custodian recíprocamente, luego como padres se ocupan de los hijos y, con el tiempo, también los hijos llegan a ser custodios de sus padres. Es vivir con sinceridad la amistad, que es un recíproco custodiarse en la confianza, en el respeto y en el bien. En el fondo, todo es confiado a la custodia del hombre, y es una responsabilidad que nos compete a todos. ¡Sean custodios de los dones de Dios!"

El ministerio petrino es portante encuadrado dentro de una visión amplia y cósmica de la custodia de los dones de Dios y de las relaciones humanas. Esta lógica corresponde plenamente a la visión inclusiva que es propia de Jorge Mario Bergoglio. Y tiene los rasgos del "discernimiento" y de la "consolación," que son claves en la perspectiva espiritual ignaciana. En efecto, el papa Francisco nos pide ser como José, es decir, vivir "en constante atención a Dios, abierto a los signos," capaz de "leer con realismo los acontecimientos," de estar "atentos a lo que nos circunda," de "tomar las decisio-

nes más sabias." La custodia de la que habla el Papa no es una apertura a lo creado y al mundo entendida como un sentimiento de entusiasmo espontáneo: es, en cambio, una disciplina interior que sabe leer lo que ocurre y sabe comprender los signos y tomar adecuadas decisiones.

La custodia, de ese modo, es una forma de sabiduría espiritual crítica, fruto del discernimiento, que sabe actuar de manera consecuente: "¡Ah, cómo quisiera una Iglesia pobre y para los pobres!," exclamó el Papa hablando a los periodistas. Y, dirigiéndose a los miembros del cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede, agregó que "la Iglesia ha buscado siempre cuidar, custodiar cada esquina de la Tierra que sufre por la indigencia, y pienso que en muchos de vuestros países podéis constatar la generosidad de aquellos cristianos que trabajan por ayudar a los enfermos, los huérfanos, los sin casa y a todos quienes son marginados, cristianos que así trabajan para edificar sociedades más humanas y más justas."

Resulta claro, entonces, que el espíritu que acompañará al papa Francisco al afrontar los desafíos que se encontrará delante será un espíritu de misericordia, de "custodio" y un espíritu de consolación.

En el momento en que el papa Benedicto renunció al ministerio petrino tenía en mente como su sucesor a un hombre dotado de "vigor tanto del cuerpo como del alma" para hacer frente a los rápidos cambios y a cuestiones de gran relevancia para la vida de la fe. Está por verse la continuidad entre este último gesto efectuado como Papa por Benedicto y el primero de Francisco: son dos gestos que parecen todavía resistirse a fáciles interpretaciones y que requieren reflexión. Pero ya antes de concluir si hay alguna continuidad entre ellos, podemos tener presente que varias veces el papa Francisco ha recordado en la oración y en el saludo a su predecesor. No es casual que ambos papas han asumido dos nombres extremadamente simbólicos para la historia del cristianismo, unidos a la reforma de vida y a un cristianismo vivido con profunda autenticidad.

#### Notas:

1- A. Torielli, "Carrierismo e vanità, peccati nella Chiesa," en *Vatican Insider*, 14 de marzo de 2012. <http://vaticaninsider.lastampa.it/inchieste-ed-interviste/dettaglio-articolo/articolo/america-latina-latin-america-america-latina-12945/>

2- G. Valente, "Bergoglio il teólogo: il pericolo è la mondanità spirituale," en *Il Messaggero*, 17 de marzo de 2013.

3- Hom. 21 (CCL 122, pp. 149-151).